REVISTA

Al otro lado del muro

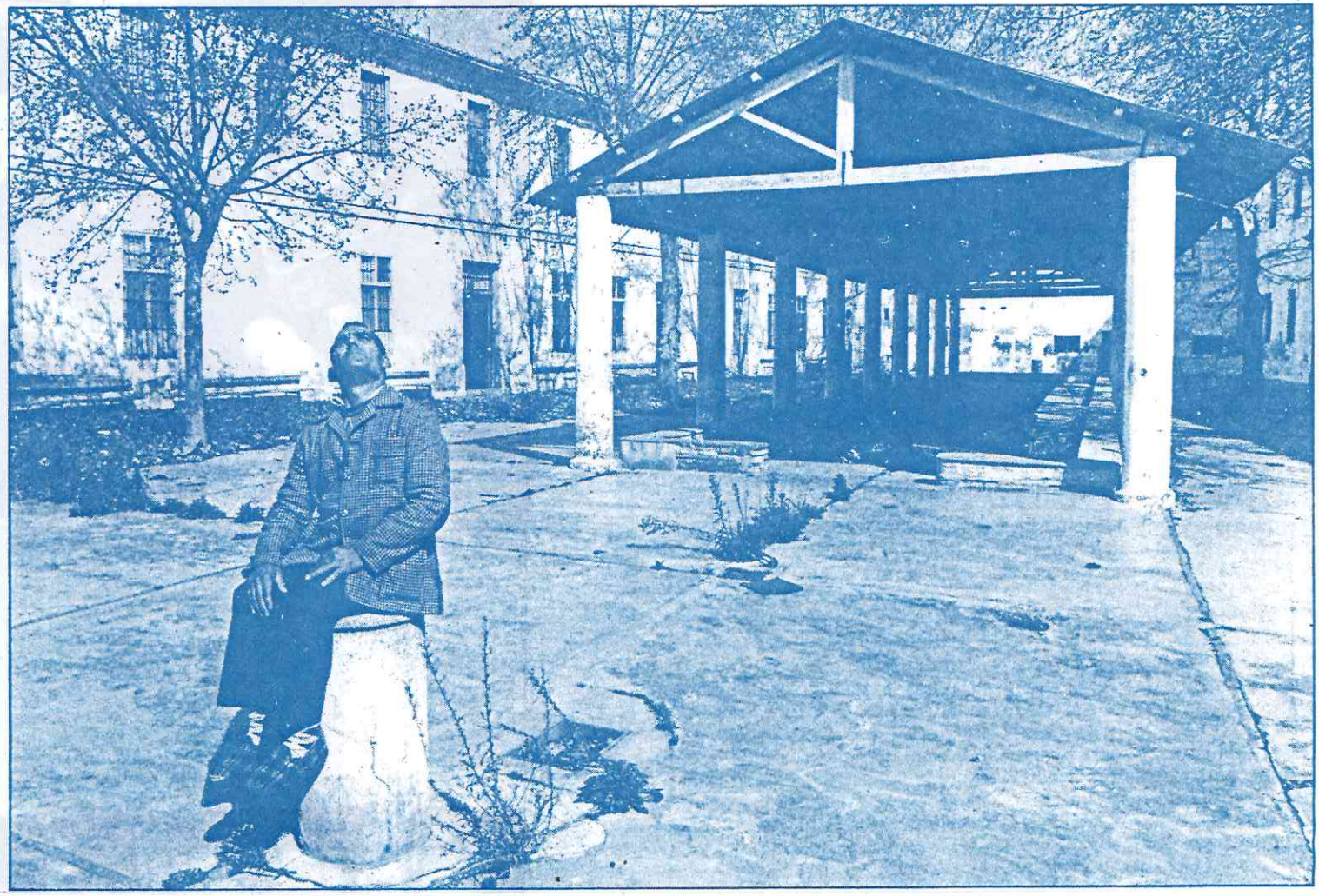
Medio centenar de enfermos permanecen en el primer manicomio que se fundó en el mundo, el Padre Jofré, en Valencia

AMPARO HERNÁNDEZ

Alfonso recuerda que un día su mujer le dijo que la acompañara a comprar bombillas. De esto hace ya 21 años. Ya no ha vuelto a casa. Es más, durante estas dos décadas Alfonso no ha pisado la calle. "Entré por la puerta y aquí me dijeron que no estaba en condiciones de salir", recuerda el hombre. "Nada más llegar me pusieron dos inyecciones y me dieron corrientes. Yo me hacía preguntas y preguntas". *Aquí* es el llamado manicomio de Jesús, en Valencia, primero que se fundó en el mundo, en 1409.

Pero su nombre verdadero es el de Padre Jofré, en honor a quien fue su fundador, Juan Gilabert Jofré, misionero nacido en 1350. El padre Jofré tomó los hábitos de la Merced en el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles y emprendió un camino vocacional repleto de actos caritativos.

Uno de sus actos caritativos fue el de construir el primer manicomio del mundo, llamado entonces Hospital de los Locos de Santa María. El hospital para enfermos mentales se instaló gracias al apoyo económico de algunos mercaderes de la ciudad, en un solar cercano al Portal de Torrent. En 1482 el centro se refundió con otras dependencias y dio origen al Hospital General del



Reino. En el siglo XVIII se trasladó al convento de Santa María de Jesús, donde continúa.

Alfonso vive desde hace dos años en un piso con otros ex internos. Ha sido un loco. De no haberse emprendido la reforma psiquiátrica en 1985, todavía continuaría encerrado, como los leprosos, lejos del resto de la gente. Pero a Alfonso, que es uno de los *rescatados*, ya no hay quien le devuelva esos años. Ni tan siquiera hay quien le explique qué ha pasado con su vida. Por qué antes era un loco y ahora va a tomar café todas las tardes con sus amigos.

Las 53 personas que están ingresadas en el Jesús no han tenido la misma suerte. Son el claro reflejo de que el orden manicomial no desaparece, que las instituciones responsables, en este caso la Diputación de Valencia, que anuncia el cierre de esta fortaleza de 26.000 metros cuadrados desde hace varios años, no sabe, o no le preocupa, cómo viven. Es un cierre que nunca llega. Hasta 1986, todavía se utilizaban celdas de castigo y los internos dormían juntos en salas de 40 o 50 camas.

Ahora están mejor, sólo hay 20 por habitación, no ven el patio de las celdas y no les dan corrientes. Se pasan todo el día en una dependencia, sentados en sillas formando dos hileras rectangulares, a la espera de que llegue mañana.

Los más afortunados pueden salir a la calle. Otros, inválidos, ni eso. Como un hombre de mediana edad que tiene el pie con heridas y con una hinchazón de más de un palmo. Amparo es otra de las internas. Hace pocas semanas se comió la punta de uno de sus dedos. Amparo ingresó en el manicomio cuando apenas tenía seis años. Ahora continúa en el Jesús. Es una psicópata, dicen. De los 53 enfermos se ocupan dos médicos.

La historia de este manicomio

JESÚS CISCAR

Tomar el sol, pasear o descansar en el dormitorio son las únicas actividades al alcance de los internos del hospital psiquiátrico de Jesús.

guarda en sus archivos álbumes fotográficos donde las religiosas y políticos benefactores de la época son los principales protagonistas. También figuran personajes como el cantante Raimon o la actriz cómica Mari Santpere. Instantáneas de internos vestidos de futbolistas, en autocares de excursión, en obras de teatro, completan uno de los álbumes, con decenas de imágenes gloriosas que reflejan el espíritu caritativo de los responsables de entonces para con los locos.

Y para los que no eran, porque casos como el de Alfonso han sido más que frecuentes. Las paredes del Jesús no encierran historias. Son pesadillas. Como la de Isabel, que ha pasado varios años recluida porque se quedó huérfana. Sólo por eso, porque no se sabía qué hacer con ella. En 1966 el centro llegó a encerrar a 1.200 personas. A algunos los internaban por ser epilépticos o indigentes. Acababan locos. Julián, sin embargo, dice al cabo de estar 30 años en el psiquiátrico, que "entrar en un manicomio es un accidente de la vida".

Otro manicomio

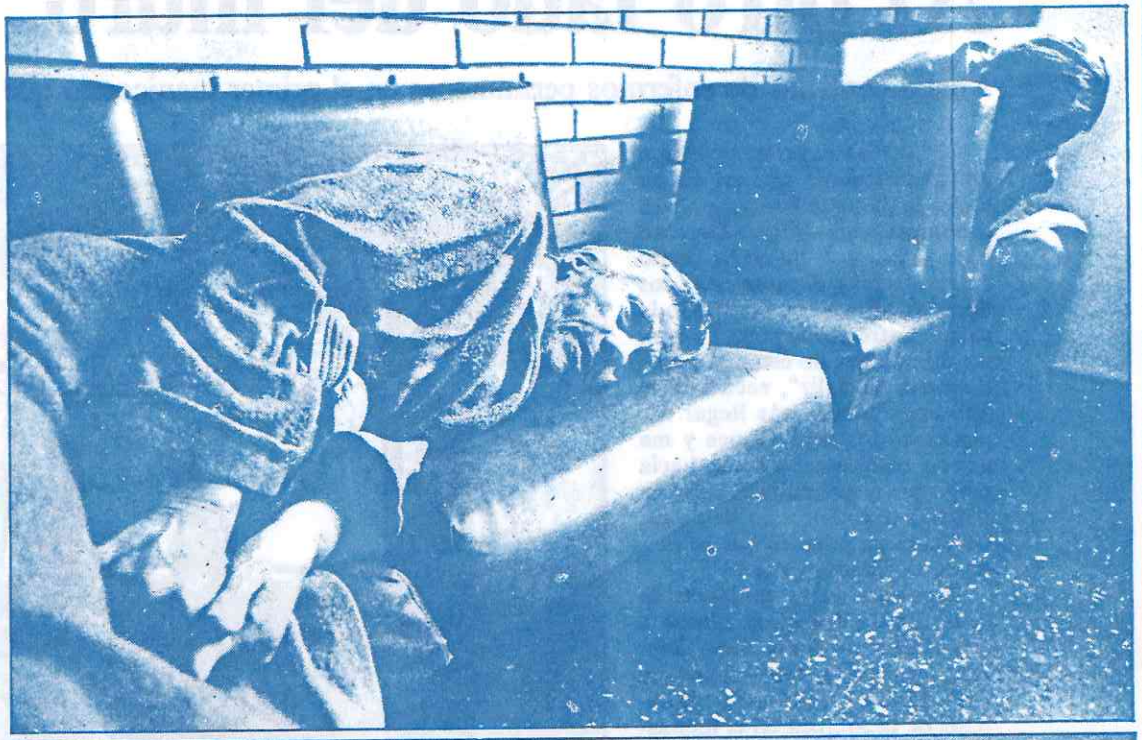
Un accidente que continúa. Porque desde los orígenes del manicomio de Jesús a los enfermos se les sigue manteniendo alejados. Los esfuerzos que se han realizado para integrarlos en la sociedad no sólo no han conseguido clausurarlo, sino que, además, no han impedido que el famoso clérigo tenga otro manicomio: en 1974 se construyó un nuevo psiquiátrico dedicado al padre Jofré. Esta vez en Bétera, y muchísimo más grande.

Pepito aún no ha nacido. A pesar de que mide casi dos metros y se bebe cinco litros de leche al día. Pepito cree que no ha nacido y que los mayores, los demás, quieren hacerle daño porque es muy pequeño. Tiene 28 años. Desde 1974 Pepito vive en Bétera.

Bétera fue diseñado como una ciudad abierta, en la que hay incluso un cine, un bar y un hotel que, por cierto, nunca se ha inaugurado. La historia de este centro corre paralela a la historia reciente de la psiquiatría en España. Sobre todo de la reforma psiquiátrica que tenía como principal consigna deshospitalizar enfermos, literalmente sacar locos a la calle.

Los manicomios de Albacete, Oviedo, Sevilla y Huelva fueron también algunos de los centros en los que los profesionales de la psiquiatría realizaron numerosas campañas de protesta para reivindicar un cambio en la asistencia a los pacientes. "Experiencias que intentaban romper las estructuras manicomiales, el aislamiento, a través de la humanización de los servicios y la intervención psiquiátrica en la misma comunidad", escribió Manuel Desviat en el libro *La transformación de la asistencia psiquiátrica*.

La reforma, en Valencia, ha conseguido que cerca de 250 personas hayan podido escapar de los muros de los dos manicomios y vivan en pisos en la ciudad, intentando que su vida transcurra lo más normal posible. Al menos como el resto de la gente. Pero



JESÚS CISCAR

Arriba, enfermos mentales en una de las salas del sanatorio fundado por el padre Jofré. Abajo, otro de los internos.

parece que siempre tiene que haber locos. Como los 200 internos que actualmente viven en el psiquiátrico de Bétera.

A las ocho de la mañana ya se les ve paseando por las enormes y desiertas calles que rodean todos los pabellones. Solos, siempre andan solos. Algunos cruzan la pequeña escalinata del cine, de poco más de 10 metros, durante horas y horas. La mayoría ni se inmuta cuando ve acercarse a alguien de fuera. Algunos se atreven a pedir cigarrillos. Fuman mucho los internos. Hay algo que también es común a todos ellos: los dientes. Tienen la boca destrozada. Las corrientes y los tratamientos se han encargado de que, más que bocas, tengan cavernas.

Coleccionar gorras

Una interna le dice al fotógrafo: "Te vas a quedar como el espíritu de la golosina". Luego se va. De otro cuentan que lo que más le gusta es coleccionar gorras. Algunos prefieren no levantarse de la cama y una anciana muy menuda se ríe a carcajadas cuando uno de sus cuidadores la aprieta con fuerza para jugar con ella. Después su cara se ensombrece en un gesto automático que podría durar indefinidamente.

Ahora no, pero hace pocos años Bétera era noticia habitual en los periódicos. Los temas, siempre los mismos: suicidios, homicidios, accidentes de internos en una vía cercana de tren y protestas de los vecinos porque no los querían tener tan cerca.

Las paredes del Jesús no encierran historias. Son pesadillas. Como la de Isabel, que ha pasado varios años recluida porque se quedó huérfana. Sólo por eso, porque no se sabía qué hacer con ella.

Un recorrido por allí permite comprobar que no tienen absolutamente nada que hacer durante las 24 horas del día. Seguramente no hace falta ser psiquiatra para pensar que eso puede volver loca a la mitad del mundo. Desde luego, el porcentaje de enfermos mentales no es tan elevado. Pero según Julián Espinosa, jefe de los servicios psiquiátricos de la Diputación y autor de numerosos libros, entre el 10% y el 30% de la población padece enfermedades mentales. "¿Los locos? Yo creo que son menos peligrosos que muchos de los que están fuera", añade Espinosa.

Ismael, uno de los internos, se define como filósofo escritor. Ismael ha estado ingresado 27 años en el manicomio de Jesús y ahora vive en un piso con siete ex internos más. Tiene escritas cientos de libretas, que guarda meticulosamente en su habitación, y 15 ensayos. Asegura muy serio que está preparando la *Fenomenología del dolor*, "porque Ortega y Gasset dice que no hay nada sobre eso".

"Escribo para poner orden en el mundo. ¡Ah!", exclama, "tengo también una tesis anti-Darwin". Pavón y José, este último 51 años encerrado, son compañeros de piso de Ismael. Viven en un edificio situado en un barrio céntrico de Valencia y, según cuentan las asistentas que se encargan de su cuidado, no han tenido ningún problema con los vecinos.

La deshospitalización de enfermos en Valencia ha desatado recientemente una polémica sobre la función del manicomio de Bétera. Mientras que algunos sectores de la psiquiatría consideran que allí se sigue un régimen hotelero sin ningún tipo de rehabilitación, otros creen que los internos están mejor atendidos que en la calle.

"El problema es que la sociedad no sabe qué hacer con estos enfermos", añade Espinosa. El jefe de los servicios psiquiátricos de la Diputación asegura que actualmente, la reforma está paralizada. "Es necesario que se abran hospitales, servicios de urgencia para que los pacientes estén incluidos en la red general sanitaria. Los centros monográficos, como los de los tuberculosos o leprosos, tienden a extinguirse. No se puede parcelar la salud de una persona."